

## Los "tigres" de Asia, del milagro al colapso

GABRIEL GUERRA CASTELLANOS

La persistente crisis económica y financiera que ha sacudido a los países asiáticos en los últimos meses nos lleva a una serie de consideraciones acerca de esa cuenca del Pacífico, que apenas hace unos meses era promesa y modelo de lo que pueden hacer los mercados libres y las exportaciones, la apertura comercial y los así llamados valores asiáticos del ahorro, la educación y la disciplina. Los "tigres asiáticos" se habían convertido con el tiempo en el símbolo del éxito económico, de la superioridad del capitalismo más ortodoxo y del triunfo del progreso por encima de cualquier otra consideración.

Para los estadounidenses, en los largos años de la guerra fría, el sudeste asiático paso de ser la preocupación y la obsesión por Vietnam a ser motivo de orgullo ante el rápido aprendizaje de sus pupilos en esa zona. Tras el despegue de Japón, cuyo modelo económico y político estaba fuertemente influido por EUA, las demás economías asiáticas siguieron por el mismo camino, si bien con menor apego a la democracia y los derechos ciudadanos. Estas dictaduras o semidictaduras fueron más que bien toleradas por Washington, pues eran aliados doblemente útiles: por un lado representaban un dique ante la amenaza, real o imaginaria, de la expansión comunista y, por otra parte, eran un escaparate para mostrar las virtudes del capitalismo.

Así las cosas, EUA prestó bien poca atención a temas como las libertades políticas o los derechos humanos, y poco se preocupó por la corrupción aparentemente endémica de muchos de sus aliados. Ni Marcos en Filipinas, ni Lee Kuan Yew en Singapur, ni los escándalos recurrentes en Japón y ni siquiera los más recientes en Corea del Sur, que hicieron tambalearse al gobierno y al sistema político, provocaron dudas a los gobiernos ni a los analistas financieros occidentales acerca de la solidez y viabilidad de los países de la región.

Estos, por su parte, se volvieron el símbolo de la confianza y la certidumbre, casi diríamos arrogante, de que el sureste asiático sería el nuevo centro de poder económico y el motor del desarrollo mundial en el siglo xxi, además, claro, del ejemplo a seguir. Año tras año, las economías de la región crecían más y más, año tras año aumentaban sus exportaciones, se enriquecían sus clases medias y altas, se volvían consumidores ávidos de productos occidentales. Y, de paso, casi para añadir la ofensa a la herida, ahorraban

más que nadie, invertían en educación y se dedicaban a sermonear indirectamente al resto del mundo en desarrollo acerca de nuestra indisciplina fiscal, falta de visión de largo plazo e incapacidad para crecer.

Mientras tanto, hasta los más recalcitrantes comunistas de la región parecían haber tomado nota de los ingredientes de la receta del milagro económico asiático. China primero, y Vietnam después, abrieron sus fronteras para recibir fórmulas e ideas que unos años atrás hubieran conducido al paredón. En distintas escalas ambos países optaron por la fórmula de la rigidez ideológica y la flexibilidad económica. En China los resultados saltan a la vista: de continuar a este ritmo pronto será una de las economías más grandes del mundo

De repente, casi de un día para el otro, el sueño del desarrollo sin límites se esfumó. Primero en Tailandia y Malasia, después en Singapur y Filipinas, más tarde en Hong Kong, y finalmente en Corea del Sur y también en Japón, los mercados de capitales se volvieron tan irracionales como lo eran apenas hace unos años en América Latina. De bien poco sirvieron todas aquellas teorías según las cuales los países asiáticos podían ser inmunes a las neurosis bursátiles. De poco valieron las reservas de divisas, el férreo control gubernamental en algunos países, las denuncias contra los "especuladores" en otros, las décadas de crecimiento con baja inflación. Todo quedó atrás. Ahora, bajo la sombra de una serie de paquetes de rescate del FMI y de otras instancias, entre ellas el gobierno de EUA, el de Japón y el de Australia, que hacen palidecer al "rescate" de México en 1995, los "tigres" se deberán preguntar acerca del nuevo rumbo a seguir.

Los jefes de Estado o de gobierno de Australia, Brunei, Canadá, Corea del Sur, Chile, China, EUA, Filipinas, Indonesia, Japón, Malasia, México, Nueva Zelandia, Papua Nueva Guinea, Singapur, Taiwán y Tailandia acudieron poco después del colapso coreano a una inoportuna Cumbre de la APEC. Peculiar porque en ella coinciden representantes de China y Taiwán, porque agrupa a naciones que sólo tienen en común ser ribereñas del mismo océano, y porque en ella confluyen todos los protagonistas del milagro asiático, que ya no lo es. Peculiar porque las expresiones esta vez fueron de preocupación y humildad, mientras que el hermano mayor de la región, el presidente Clinton, advirtió a sus homólogos acerca de las responsabilidades que ahora tendrían que enfrentar.

Estas solían ser las cumbres del optimismo, de las lecciones, de la arrogancia que daban los altísimos índices de crecimiento del PIB. Los países asiáticos, y Chile más recientemente, se presentaban como modelos a seguir. Para EUA las reuniones servían para comprobar y difundir las virtudes de la apertura comercial, de las exportaciones como motor del crecimiento, del libre comercio como alternativa de fin de siglo. Ya no más. A partir de ahora, la historia será diferente.

Las reuniones de APEC parecían, en efecto, ser la muestra palpable de los méritos de la economía de mercado. El tan pregonado fin de la historia se hacía realidad aquí, en el seno de la agrupación que reunía a los países de más rápido y prolongado crecimiento económico en la historia reciente del mundo. Para muchos observadores y analistas la gran pregunta ya no tenía que ver con los límites del desarrollo, sino mucho más con el supuesto fin de los ciclos económicos. Cualquier lector más o menos interesado en temas económicos se topaba con apologías de este nuevo orden económico que permitía pensar en un ciclo de progreso y crecimiento sin fin.

A lo largo de tres décadas, los "valores asiáticos" parecían haber superado todas las pruebas. Las virtudes combinadas del ahorro, la educación, el compromiso casi siempre vitalicio de empresa y trabajadores y la estrecha colaboración entre gobierno e iniciativa privada presentaban una receta difícil de igualar, ya no digamos de superar. Para muchos países, sobre todo en América Latina, el modelo provocaba envidia y admiración. Las décadas perdidas de los latinoamericanos eran precisamente las del despegue asiático, sus tasas de crecimiento inalcanzables para países que sólo podían ofrecer tasas altas de inflación, recesiones sin parar, inestabilidad cambiaria, proteccionismo e ineficiencia. Los tigres asiáticos se volvieron paradigma para muchos que se lanzaron a intentar copiar modelos de desarrollo que lejos estaban de su manera de ser y de hacer las cosas.

Posiblemente el ejemplo más dramático y a la vez simplista sea el de Perú, donde un político casi desconocido, de origen oriental y por todos llamado, sin ánimo irónico ni despectivo, el Chino, ganó la elección presidencial basando buena parte de su éxito,

entonces y después, en la percepción de que algo de bueno habría de traer su pasado japonés. Ya fueran créditos de Tokio, ya fuera una nueva ética política o una manera distinta de hacer las cosas. Si bien el de Fujimori es el caso más extremo, la verdad es que no pocos políticos latinoamericanos se preguntaban cómo emular a los tigres, cómo crecer tan rápido y con tan pocos problemas.

Temas como el de la falta de democracia o el excesivo intervencionismo gubernamental y la correspondiente corrupción no preocupaban demasiado. Ni siquiera la ausencia de reglas claras de información financiera, ni los préstamos otorgados a megaproyectos que más tenían que ver con el ego de gobernantes o de empresarios que con negocios viables, nada de eso era motivo de atención para los supuestamente siempre alertas guardianes de la economía mundial

Cuando los corredores de inversiones sacudieron a los mercados de Malasia y Tailandia, pocos pensaron que ese pequeño susto podría convertirse en el terror del sureste asiático. Si bien habían caído las bolsas de valores y se habían devaluado las monedas, el resto de la región estaba bien protegida, o eso se creía. Las tronantes y antisemitas declaraciones del primer ministro de Malasia, Mahathir Mohamad, contra los especuladores y contra George Soros hicieron pensar a muchos que ésta era una crisis en que el mismo gobierno de Malasia se había metido con Sansón a las patadas, peleándose con e insultando a los mercados de los que su crecimiento y desarrollo dependen. De poco le sirvió a Mohamad su retórica nacionalista, de menos aun sus insinuaciones de que todo esto no era más que un complot urdido por "financieros judíos" para evitar que un país musulmán prosperara.

Tal vez lo único que se logró con esa guerra de declaraciones, en la que Soros denunció a Mohamad como "una amenaza para su propio país", fue en retrasar el reconocimiento de que la crisis era mucho más profunda y de un alcance mucho mayor de lo que se había pensado en un principio. Pronto se extendió a otros países, opacada por la recuperación de Wall Street, y de pronto alcanzó de lleno a Corea del Sur, la onceava economía más grande del mundo, el tigre mayor, obligando a una operación de rescate por parte del Fondo Monetario Internacional que ha tenido que aportar veinte mil millones de dólares, más lo que se acumule con la muy probable aportación de EUA, Japón y Australia, entre otros. Según analistas, el total de la suma para rescatar a Corea del Sur de la insolvencia podría llegar a superar los sesenta mil millones de dólares, rompiendo así el poco envidiable récord mexicano de cincuenta mil millones después de la crisis de finales del 94.

El vendaval alcanzó ya a Japón, en donde la amenaza de la insolvencia se cierne sobre algunos de los principales bancos, generando temor entre funcionarios y analistas de que el contagio pudiera extenderse a la que supuestamente era la madre del milagro económico asiático, la economía más sólida y a prueba de crisis en la región. Más allá de lo que suceda en Japón, el hecho es que la poca solidez de las economías asiáticas ha quedado en evidencia, mientras que los "valores asiáticos" y la creencia en los mercados libres se han visto salpicadas por la duda y la suspicacia.

Las implicaciones de esta crisis irán mucho más allá de la región. Para Estados Unidos y Europa, las devaluaciones de las monedas asiáticas harán menos competitivas sus exportaciones, afectando así el crecimiento económico y agravando el déficit comercial que muchos países europeos y particularmente EUA tienen con la región. Para América Latina, la falta de liquidez de los mercados financieros se traducirá en escasez de capital y,

más grave aún, en una mayor desconfianza hacia los así llamados mercados emergentes, que han pasado del crecimiento a la emergencia con tanta rapidez.

Pero más significativo que los costos altísimos, es cierto, de esta crisis es el fondo que la provocó. Podemos culpar a los mercados, a los especuladores, a toda suerte de factores de corto plazo, pero el hecho es que la crisis que ha azotado a Asia va mucho más allá de los temas macroeconómicos, financieros, de los déficit de cuenta corriente o de la influencia (o falta de) de los grandes corredores de inversiones.

En el fondo, buena parte de los problemas que hoy enfrenta la región tienen que ver con la falta de transparencia y de controles administrativos, así como de la cerrazón política que ha hecho de muchos de ellos países virtualmente unipartidistas. Los mismos valores asiáticos que propiciaron el despegue económico de la región fueron los que la han llevado hoy al desplome. La corrupción, el padrinazgo, el nepotismo, la falta de información, la falta de un sistema democrático que permitiera controlar esos excesos, la rigidez de un sistema educativo que nunca enseñó a cuestionar sino sólo a obedecer, ahí están las verdaderas razones de esta crisis.

Durante mucho tiempo quienes osaban cuestionar al milagro asiático con ese tipo de preocupaciones pequeño-burguesas eran casi motivo de risa. Los líderes de China, de Singapur, de Malasia se cansaron de decirnos que las libertades políticas no eran algo que interesara a sus ciudadanos, que estaban –según esto– demasiado ocupados disfrutando de tasas de crecimiento de dos dígitos como para querer leer periódicos sin censura o votar en elecciones libres. Al final del día vemos que la falta de libertades y la falta de información permitieron niveles de corrupción e ineficiencia que están arrastrando ahora a justos y pecadores por igual.

Quedan varias lecciones: la primera es que no puede haber crecimiento y prosperidad sin libertades; la segunda es que no hay modelos económicos absolutos, y que tan malos son los dogmatismos estatistas como los friedmanianos; por último, que la combinación indiscriminada de valores éticos, políticos, económicos, puede ser la mejor receta para el desarrollo, pero también para el colapso.

Para quienes en México han visto a Asia como el modelo a seguir, para quienes quisieran, o hubieran querido, que avanzáramos por el camino de la cerrazón política y del monopolio de las teorías económicas, debe haber numerosas enseñanzas.

Ojalá que algo se aprenda de esto.

El autor es politólogo. Es comentarista sobre temas internacionales en el periódico *Reforma* y en el programa *Para empezar*.